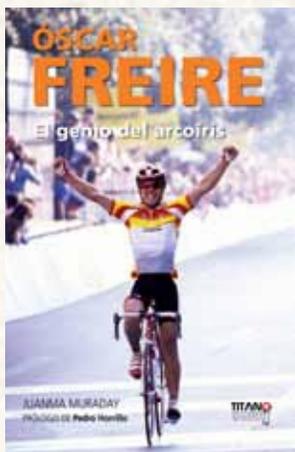


EXTRACTO DE LA BIOGRAFÍA DE ÓSCAR FREIRE

Cambiar el rumbo de la historia: Verona'99



Óscar Freire acudió al Mundial de Verona en una situación límite. Su año había transcurrido prácticamente en blanco, con pocos días de competición y sin resultados de relevancia debido a la lesión de rodilla que le obligó a pasar por el quirófano. Acababa contrato con Vitalicio Seguros y tras su negativa a renovar un año atrás y la tirantez con Mínguez en los nefastos meses de convalecencia, continuar en el equipo no era una opción muy real. El futuro de Freire en el pelotón profesional pendía de un hilo. Un gran resultado en Verona podría abrir alguna puerta, pero ¿quién pensaba que pudiera ocurrir?

Nadie se fijaba en el joven cántabro. Así lo cuenta Juanma Muraday en *El genio del arcoiris*, la biografía editada por Titano que acaba de salir a la venta.

Fotos Graham Watson

►► Como era norma habitual, el seleccionador nacional Francisco Antequera dio en plena Vuelta una primera lista de preseleccionados para los Campeonatos del Mundo de Verona. “Esta primera lista puede sufrir variaciones. La definitiva se hará en función de cómo acabe la Vuelta, que está siendo muy dura y puede pasar factura a algún corredor”, explicaba Antequera, que ya avisaba de su criterio en la elección: “El circuito de la prueba no favorece a nuestros escaladores, sólo tiene una suave pendiente de 3 kilómetros. He descartado a algunos de ellos pero he escogido a otros por su experiencia para el trabajo en equipo”. Para la prueba contrarreloj, Antequera contaba con Abraham Olano, Melchor Mauri, Ángel Casero e Igor González de Galdeano. Junto a estos cuatro, la lista para la ruta incluía a Chente García Acosta, Jon Odriozola, Aitor Osa, Iñigo Chaurreau, Roberto Laiseka, Pedro Díaz Lobato, David Etxebarria, Miguel Ángel Martín Perdiguero, Ángel Edo, Roberto Heras, Chechu Rubiera, Mikel Zarrabeitia, Óscar Freire y Álvaro González de Galdeano.

BENDITAS BAJAS

Había que descartar a seis. Y como también venía siendo costumbre, hubo altas y bajas por diferentes razones. Olano tras su retirada en la Vuelta fue baja, al igual que Casero, así que la crono iba a ser para Mauri e Igor. Este, no obstante, metido de pleno en la lucha por el podio, ya anunció su renuncia, así que finalmente fue su hermano Álvaro quien fue inscrito. En el equipo para la ruta también hubo baile de nombres, además de los ya mencionados Olano e Igor. Tras la Vuelta, en la Subida al Naranco, Heras también anunció una lesión que le obliga a

renunciar. Peor suerte corrió Aitor Osa, que sufrió una caída en la prueba asturiana y acabó con fracturas que provocaron su baja. Así que, rápidamente, Antequera tuvo que tirar de fondo de armario: Álvaro González haría doblete, entró Díaz Lobato y entre los reservas pudo contar con Manuel Beltrán y Santiago Blanco. Costó, pero al final el seleccionador pudo confirmar a sus hombres.

Mientras ocurría todo esto, José Antonio González Linares seguía erre que erre dándole vueltas al futuro de Óscar. Había aceptado el no de Manolo Saiz cuando éste desestimó pasarlo a profesionales, pero como por entonces aún tenían buena relación, Linares volvió al ataque antes de Verona. “Fíchale, mira cómo es”, le decía al director del ONCE, que finalmente accedió a un pacto entre caballeros: “Sí, lo ficharé”. No hubo nada firmado, pero si Óscar no renovaba con Vitalicio y se veía sin equipo, Saiz lo repescaría, ese sería su compromiso. Al menos se empezaba a ver la luz al final del túnel, porque a esas alturas Óscar sabía internamente que continuar en Vitalicio no era viable.

La última carrera antes del inicio de los Campeonatos del Mundo fue la París-Tours, penúltima prueba de la Copa del Mundo. Sus más de 250 kilómetros eran un campo de ensayo sensacional para la próxima cita de Verona y allí acudió Freire dispuesto a afinar su puesta a punto junto a algún compañero de Vitalicio. “A los que estábamos un poco apartados del grupo de Mínguez, que hacía el calendario principal con Tour y Vuelta, nos mandaban a clásicas y carreras varias con Cerrón o Cavallo. Yo, como no iba a seguir al año siguiente, estaba ahí y coincidí algo más con Óscar mientras él preparaba



Coleccionista de arcoíris. Hasta tres veces conquistó Freire el maillot más deseado del firmamento ciclista.

el Mundial”, explica Daniel Clavero, que estuvo en Vitalicio los mismos dos años que Freire. “Con él mantengo una muy buena relación que parte de un momento muy especial. Cuando tuvo que operarse la rodilla en Madrid, como yo vivía al lado me presté a ayudarlo en lo que necesitara, le dije que contara conmigo. Era lo normal, lo que pasa es que supongo que siendo yo en ese momento de las figuras del equipo, con Casero y Blanco, y él un chaval que apenas empezaba, lo apreciaron mucho tanto él como su familia. Estuve con él en esos momentos difíciles, que es cuando lo necesitas, porque cuando ganas un Mundial no hace falta gente a tu alrededor. Óscar ha valorado eso siempre y como luego coincidimos en el segundo equipo en ese final de año, hicimos una gran amistad. De hecho, antes se convivía con los compañeros de otra manera, ahora es diferente con las nuevas tecnologías, todo era más íntimo y cercano, por eso tenemos recuerdos claros y aprecio muy sinceros”, explica el exciclista, ahora relacionado con la bici a través de su labor comercial en la marca de material deportivo Spiuk. “Apreció tanto esa ayuda, que, una vez ganó el Mundial, me llamó al día siguiente y me dijo: *¿Cuándo es el Memorial de tu hermana? ¿El último sábado de noviembre?, cuenta conmigo...* Sabía que iba a tener muchos compromisos como campeón del mundo, pero se acordó de mí y no quiso faltar. Fue un detalle muy especial. Desde entonces ha venido muchas veces, a competir o de visita”, añade Dani, que organiza el Memorial Isabel Clavero desde 1991 en Las Rozas, una prueba de exhibición a final de temporada, como homenaje a su hermana, fallecida en accidente de tráfico. “Óscar cuida a su gente, como demostró en su despedida. Pudo estar rodeado de campeones, medios y famosos, pero quiso celebrarlo con los suyos, con los que han estado siempre a su lado”, señala Clavero. Así, a los Vitalicio, la lucha de Tchmil por asegurarse el triunfo final de la Copa del Mundo les quedaba un tanto lejos; por eso el puntito de desgaste a que estaban obligados los Boogerd,



1

Vandenbroucke o Van Petegem era algo que podían pasar por alto. Freire completó la carrera como primer español en el puesto 59 -sólo acabó otro compatriota, su compañero Iñigo González de Heredia, señal inequívoca de la *alergia* que provocaba la Copa del Mundo entre el pelotón patrio-, aunque lo principal fue que podía acudir a Verona con la satisfacción de los deberes hechos y físicamente en plenitud, sin señales de la maldita lesión. Esos momentos de ausencia de molestias aumentaban la moral de Óscar sobremedida. Su amigo Pedro Horrillo destaca la absoluta confianza que tenía en sus propias posibilidades cuando se encontraba bien físicamente. Veía que mejoraba día a día y eso le hacía sentirse confiado. “Él sabía que contaba con posibilidades y tenía mucha ilusión. Yo le decía: *Óscar, me parece muy bien que te veas con opciones, pero ¿sabes lo que es un Mundial y la gente que hay?! Él se veía en el grupo que tenía posibilidades. Yo,*

por ejemplo, he ido bien en Roubaix y me he sentido bien en la carrera. Mi mejor resultado es un 11º, pero con los pies en el suelo nunca me he visto ganador; él en cambio sí se veía así”, explica Horrillo. Matxin, su exdirector en aficionados, también estuvo al corriente del subidón de moral que llevaba Óscar. “*Estoy para disputar*, me decía. Y lo conozco y eso iba en serio. No es un fanfarrón, al revés, muchas veces me venía con el *estoy mal* y luego ganaba o hacía un carrerón impresionante. Así que si decía que estaba para disputar era que de verdad estaba muy bien”, recuerda Joxean, quien recuerda que él creyó al joven ciclista, aunque “la gente se descojonaba cuando yo decía que iba a estar ahí”.

Ellos dos y el seleccionador debían ser los únicos que pensaban que realmente el Mundial de Verona podía traer algo bueno para el equipo español, porque el ambiente que reinaba en la expedición y, sobre todo, en la prensa del país era que una vez más los Campeonatos del Mundo iban a ser un trámite que superar con la mayor dignidad posible, sin más. Entre lo publicado en las jornadas previas al inicio de las competiciones, sirva, a modo de ejemplo de lo que unos y otros tenían en mente, el artículo que se publicó en el diario *El País* el día que comenzaron los Mundiales.



2

1 Aquí empezó todo.

El campanazo en Verona en 1999, cuya previa se relata en estas páginas, puso en el mapa a Óscar.

2 Giro de

Lombardía'99. Fue una de las escasas pruebas que disputó con el Vitalicio Seguros luciendo el maillot arcoíris.

3 Verona, cinco años después.

El cántabro celebra en el mismo escenario su tercer y último triunfo en un Mundial.



El especialista de ciclismo en el periódico de referencia en España, Carlos Arribas, realizaba la siguiente pregunta a los lectores: “¿A alguien le interesa el Mundial?”. Comentaba Arribas la “indiferencia hacia el arcoíris de corredores y directores españoles”, que habían dado su máximo en la Vuelta y ahora pagaban las consecuencias. O no. Simplemente habían cumplido con su objetivo real, la Vuelta, y no contemplaban guardar nada para octubre, donde quienes no disfrutaban ya de las vacaciones deben afrontar Mundial y Giro de Lombardía, principalmente, pruebas totalmente “ajenas a la sensibilidad del ciclismo español”, como menciona el artículo. La Vuelta exprimió a los españoles, pero por el contrario dejó buenas sensaciones en los extranjeros (Ullrich, Vandenbroucke, Camenzind, Tafi...), lo cual no hizo más que acrecentar la sensación de que la selección española tenía bien poco que ofrecer en Verona. Carlos Arribas alertaba de que no era una novedad, no era nada que preocupara “mucho a nadie. No es tampoco que la cuestión sea una historia reciente, aunque el grado de desinterés que ha despertado entre los protagonistas nunca ha alcanzado un nivel tan bajo como este 1999”, porque antes había cierta expectativa, “ya fuera por el proceso de selección, ya por las posibilidades con que se podía soñar. Este año, ni eso”.

ANTEQUERA, EL VISIONARIO

El panorama que debía afrontar el seleccionador Francisco Antequera era ciertamente para desanimarse. Lo criticaban por no acudir con un líder a los Mundiales, por no tener figuras de peso en la Selección, por haber convocado a ciclistas sin perfil de ganadores y, directamente, por llevar a gente inexperta que apenas ha competido, léase, Óscar Freire. Pero el seleccionador no se vino abajo. No todo era culpa suya, él no podía convencer a quien no quería ir para acudir a disputar una prueba de tal exigencia como el Mundial, pero donde otros veían un grupo con opciones nulas de brillar, él supo reinventar la situación para abrir el abanico de posibilidades de los suyos con una táctica más amplia, buscando el factor sorpresa y aprovechando la ausencia de presión por no tener un líder para el que trabajar, precisamente. Sí, España acudía “con lo puesto”, como publicaba Santi Durán en *El Mundo Deportivo*, “con opciones ínfimas”, pero Antequera quería dar la cara.

El Mundial consistía en un circuito de 16,250 kilómetros al que debían dar 16 vueltas para completar un total de 260 kilómetros. Con salida y llegada en la Porta Nuova de Verona, aproximadamente en la mitad del recorrido se culminaba una

prolongada ascensión de casi cuatro kilómetros que debía hacer la selección de los mejores y apartar de la gloria a las medianías. Destacaba Arribas en *El País*, refiriéndose al trazado, que “lo de la lotería del Mundial es un tópico que ya no se sostiene en ese sentido. Quien lo gane deberá ser un corredor bueno”.

El gran favorito, en boca de todos, era el joven belga Frank Vandenbroucke (24 años). Ni él mismo rehuía ese papel. Además, las miradas se fijaban en Tafi (Italia), Vainsteins (Letonia), Rumsas (Lituania), Konyshev (Rusia), Ullrich (Alemania), Camenzind (Suiza), Boogerd (Holanda), Museeuw, Tchimil, Van Petegem (Bélgica)... Lógicamente, en ninguna quiniela se nombraba algún español. José Carlos Carabias, en *ABC*, apuntaba que “tal vez sea la Selección menos consistente de los últimos años”. Lo único era tratar de acertar quién iba a hacerlo mejor. Había quien apostaba por Chechu Rubiera o Melchor Mauri, por su saber estar en carrera y su habilidad para entrar en la fuga buena. Otros se fijaban en los corredores de perfil más velocista, como Martín Perdiguero, aunque él mismo avisaba de que el repecho podía hacerle mucho daño, o el joven Freire, quien se quitaba de encima cualquier presión alertando de que “en mi caso hay muchas incógnitas. He competido poco y no sé si me faltará fondo. Pero por ilusión que no quede”. Antequera confiaba más en esta opción, la de tratar de llegar en el grupo que se juegue las medallas al sprint que en la de buscar la escapada. “Lo que no puede ser es que de repente los españoles se conviertan en clasicómanos”, decía. El problema era que si el entorno ya era escéptico ante cualquier táctica que pudiera plantear la Selección dadas las pocas posibilidades de éxito -“no parece un Mundial predestinado a los españoles”, escribía Carabias-, en el seno del equipo no era para menos: Perdiguero era debutante y Freire, el más joven de todos, llevaba un año en blanco. Antequera, echando la vista atrás, recuerda que “la gente se reía de mí”. De hecho, “en su equipo confiaban poco en él, porque tuvo muchos problemas físicos y ya no lo querían”, continúa Antequera, pero “yo contaba con él, le veía ese algo que hace falta en las grandes clásicas, sabía correr pruebas de un día. Le di la oportunidad de ir a Valkenburg. Anduvo muy bien, aunque por desgracia sufrió un pinchazo cuando se lió la carrera y ya no pudo enlazar, si no hubiera sido la gran sorpresa del Mundial, porque le iba como anillo al dedo. En pruebas de un día es superior a los demás”, añade el exseleccionador, quien no duda en afirmar que “yo pensaba que podía ser lo que ha demostrado luego en su carrera”.